

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

“DOJOJI”

Yukio Mishima (1925 - 1970)



Digitalizado por Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

DOJOJI

Personajes:

Kiyoko, una bailarina.

Un vendedor de antigüedades.

El administrador de una casa de apartamentos

Hombres A, C y E.

Mujeres B y D.

[UNA habitación en lo que es, en realidad, una tienda de muebles de segunda mano. Está tan colmada de antigüedades, orientales y occidentales, que sería más adecuado llamarla un museo. En el centro, hacia la izquierda del escenario, hay un gran armario semejante a un buque fantasma. Su tamaño es tal que parecería tener capacidad para contener el mundo entero. Sobre cada una de sus puertas hay una campana dibujada y el resto del armario está profusamente adornado con motivos barrocos. No resulta sorprendente, pues, que los otros objetos de la tienda se vean eclipsados frente a tamaño prodigio. Podrían formar parte de un telón de fondo. Hay cinco sillas colocadas, aquí y allá, en el escenario, y en cada una de ellas están sentados hombres o mujeres prósperos que escuchan al VENDEDOR, mientras describe las bondades del armario frente al cual se encuentran. Estos cinco clientes distinguidos han concurrido al remate por medio de una invitación especial.]

VENDEDOR: Aquí tenemos una unidad absolutamente única, tanto en Oriente como en Occidente; en tiempos antiguos como modernos. Es un armario que va más allá del uso doméstico. Los objetos que aquí ofrecemos son, sin excepción, creaciones de artistas que han despreciado bajas condiciones utilitarias. Su importancia reside en el hecho de que ustedes, damas y caballeros, pueden usarlos con fines que van más allá de lo práctico. El individuo medio queda satisfecho con los productos estandarizados. Cuando tales personas adquieren un mueble, lo hacen como si compraran un animalito doméstico. Invariablemente eligen algo que se acomode a su posición social y les resulte perfectamente familiar. Esto ocurre en cuanto a su elección de mesas, sillas, televisores y lavadoras automáticas.

En cambio, ustedes, damas y caballeros, gracias a la refinada sensibilidad que les caracteriza y a la distancia que media entre sus gustos y los del pueblo, no se dignarían, y de esto no me cabe la menor duda, mirar siquiera a un animal doméstico. Me animaría a decir que sus preferencias se afincan en la adquisición de una bestia salvaje. Aquí tienen ante los ojos un artículo totalmente fuera del alcance del hombre común. Un artículo que, si no fuera por su

elegancia y audacia, no podría ser apreciado en su justo valor. Aquí tenemos, sin duda alguna, la bestia salvaje a la que me he referido (*señala el armario*).

HOMBRE A: ¿De qué está hecho?

VENDEDOR: ¿Cómo dice?

HOMBRE A: ¿De qué clase de madera es?

VENDEDOR (*golpeando el armario*): De genuina e indiscutible —es fácil saberlo por este sonido—, de genuina e indiscutible caoba. Les ruego perdonen la impertinencia de mi pregunta. A título informativo, ¿cuántos trajes tienen aproximadamente?

HOMBRE A: Ciento cincuenta.

MUJER B: Trescientos... o quizás, trescientos setenta.

HOMBRE C: Nunca los he contado.

MUJER D: Trescientos setenta y uno.

HOMBRE E: Setecientos.

VENDEDOR: Tales cifras no me sorprenden. Pero sean setecientos o mil, sus trajes tendrán cabida en este armario sin la menor dificultad. Echando una mirada, podrán apreciar su capacidad. No será una cancha de tenis, pero sí lo suficientemente grande como para hacer ejercicios físicos. Tiene un revestimiento de espejos y luz interior. Es posible entrar en el armario, seleccionar la ropa y vestirse dentro de él. Adelante, por favor, no sean tímidos. A cada uno le llegará su turno. Sin empujar. Les ruego que formen fila.

(*Los cinco clientes observan, uno después del otro, el interior del mueble.*)

HOMBRE A (*sin demostrar sorpresa y volviéndose hacia el propietario*): ¿De quién es?

VENDEDOR: ¿Cómo?

HOMBRE A: ¿Dónde lo consiguió?

VENDEDOR: Sólo puedo decir que proviene de cierta colección privada de una familia muy importante. De esas que, antes de la guerra, podían contarse con los dedos de las manos. Últimamente... en fin, todos conocemos casos semejantes...; sí, es una verdadera pena..., pero el nivel de ciertas familias ha descendido hasta obligarlas a...

HOMBRE A: Ya comprendo. No necesita agregar nada más (*vuelve a su asiento*).

MUJER B (*mira hacia el interior del ropero y lanza un chillido*): ¡Dios mío! ¡Se podría instalar una cama de matrimonio!

VENDEDOR: Tiene usted razón.

HOMBRE C (*observando*): Parece el panteón de mi familia. Sería fácil poner aquí cien, o quizás, doscientas urnas.

VENDEDOR (*con expresión de desagrado*): Muy gracioso.

MUJER D: ¿Para qué sirve esta llave?

VENDEDOR: ¿La llave? Sirve para cerrar el armario desde fuera o desde dentro, según cómo se prefiera.

MUJER D: ¿Desde dentro?

VENDEDOR (*confundido*): No sé por qué ha sido hecho así, pero lo cierto es que ahí lo tiene.

MUJER D: ¿Por qué podría alguien cerrarlo desde dentro?

VENDEDOR: Bueno., eh... (*sonríe significativamente*): Pienso que debe existir algún motivo para hacerlo. Después de todo, es lo suficientemente grande como para meter una cama en su interior.

HOMBRE E (*mirando dentro*): Hum, extremadamente pequeño...

VENDEDOR: ¿Pequeño?

HOMBRE E: Efectivamente.

VENDEDOR: ¿Lo cree usted así, señor? No dudo que cada cual tiene su manera de ver las cosas. (*Los clientes vuelven a las sillas con gran ruido.*) Bien, damas y caballeros, ahora que lo han visto—y conste que me desagrade profundamente tener que apurararles—, voy a proceder a rematarlo. ¿Cuánto se me ofrece por él? Hablen, por favor. (*Todos guardan silencio.*) Vamos, vamos, ¿no hay nadie que haga una oferta?

HOMBRE A: Cincuenta mil yens.

VENDEDOR: Tengo cincuenta mil yens.

MUJER B: Cincuenta y un mil yens.

VENDEDOR: La señora oferta cincuenta y un mil yens.

HOMBRE C: Cien mil yens.

VENDEDOR: Cien mil yens, aquí.

MUJER D: Ciento cincuenta mil yens.

VENDEDOR: Me ofrecen ciento cincuenta mil yens.

HOMBRE E: Ciento ochenta mil yens.

VENDEDOR: Sí, ciento ochenta mil yens.

VOZ (*una voz de mujer emerge del costado derecho del escenario*): Tres mil yens. (*Todos se vuelven.*)

HOMBRE A: Tres mil quinientos yens.

VENDEDOR: La oferta es de tres mil quinientos yens. Me temo que ha oído usted mal, señor. La última oferta era de ciento ochenta mil yens.

HOMBRE A: Muy bien. Ciento noventa mil yens.

VENDEDOR: Tengo ciento noventa mil yens.

HOMBRE C: Doscientos cincuenta mil yens.

VENDEDOR: La oferta es de doscientos cincuenta mil yens.

HOMBRE E: Trescientos mil.

VENDEDOR: Que sean trescientos mil.

MUJER B: Trescientos cincuenta mil yens.

MUJER D: Trescientos sesenta mil yens.

MUJER B (*enojada*): ¡Qué barbaridad! Quinientos mil.

MUJER D: Quinientos diez mil yens.

MUJER B: ¡Otra vez! Un millón de yens.

MUJER D: Un millón diez mil.

MUJER B: Esto ha ido ya demasiado lejos. Dos millones de yens.

MUJER D: Dos millones diez mil yens.

MUJER B: ¡Qué descaró! Tres millones de yens.

MUJER D: Tres millones diez mil.

MUJER B: ¡Ohhh!...

LA VOZ (*la misma voz de mujer surge de la derecha del escenario*): Tres mil yens. Tres mil yens...

(*Todos miran hacia la derecha, profiriendo distintas exclamaciones de sorpresa. Una hermosa joven entra tranquilamente. Es KIYOKO, la bailarina.*)

VENDEDOR: ¿Quién es Ud.? Ya ha dado muestras suficientes de su peculiar sentido del humor. Francamente, está usted llevando esta tontería demasiado lejos.

KIYOKO: ¿Le interesaría conocer mi nombre? Soy Kiyoko, la bailarina.

(*Los HOMBRES A, C y E la miran con considerable interés.*)

VENDEDOR: ¡Una bailarina! No recuerdo haberla invitado. Este remate se reduce sólo a nuestros huéspedes especiales. ¿No ha leído usted el letrero colgado en la puerta?: «Solamente para invitados.»

KIYOKO: El cartel se ha dado vuelta con el viento. De todos modos, aun sin haber sido invitada, reúno las condiciones necesarias para estar aquí.

VENDEDOR: ¡Escúchenla! Vamos, salga de aquí. Por esta vez la dejaré ir sin llamar a la policía.

HOMBRE A: ¿Por qué no le permite quedarse? Alguna razón tendrá para estar aquí. No grite de esa manera.

VENDEDOR: Lo sé, señor, pero...

HOMBRE A: ¿Qué hace usted aquí, señorita?

KIYOKO: No soy una señorita. Soy sólo una bailarina.

HOMBRE C: Muy bien. ¿Dijo usted, bailarina?

HOMBRE E: Admirable profesión... un consuelo para todos, una bendición que no puede adquirirse con dinero.

MUJER B: ¿Qué sentido tiene ofrecer tres mil yens?

MUJER D: Tres mil un yens.

MUJER B: ¡Las cosas que hay que aguantar! (*a KIYOKO, en tono almibarado*): Usted dijo llamarse Kiyoko, ¿verdad? ¿Qué significa su ofrecimiento de tres mil yens? Venga aquí y cuéntenos...

KIYOKO: Tres mil yens... (*Se dirige hacia el centro del escenario.*) Es todo lo que vale este armario.

VENDEDOR (*consternado*): Mire, diga otra tontería como ésta y llamo a la comisaría.

HOMBRE A (*al vendedor*): Escuche en silencio lo que esta señorita va a decir.

(*El VENDEDOR se calla.*)

KIYOKO: No creo que ninguno de ustedes quiera comprar este mueble después de oír su historia.

HOMBRE C: ¿Así es que tiene una historia?

VENDEDOR (*envolviendo rápidamente una suma de dinero en un pedazo de papel*): Tome esto y largúese. Esto ya ha durado demasiado.

HOMBRE A: Déjela hablar. Si no se lo permite, vamos a creer que también Ud.

está enterado de la historia. ¿Está intentando vendernos algo en malas condiciones?

KIYOKO (*despreciando el dinero*): Comenzaré mi relato. Este armario perteneció a la familia Sakurayama (*conmoción general*). La señora Sakurayama lo usaba para esconder a su joven amante Yasushi. Un día, su marido –un hombre tremendo– oyó ruido dentro del armario. Sacó el revólver y, sin más trámites, hizo fuego desde el exterior. Disparó y disparó hasta que cesaron los horribles alaridos y la sangre comenzó a desbordar por debajo de la puerta del ropero. Miren (*señala la puerta*). No es fácil verlo a causa de las molduras, pero por aquí entraron los proyectiles. Observen ustedes que los agujeros han sido reparados con gran habilidad, pero aún es posible distinguir las huellas... Todo vestigio de sangre ha sido borrado. La puerta ha sido cepillada y limpiada nuevamente. ¿Habrán leído la historia en los periódicos, verdad? (*silencio absoluto*). ¿Y aún quieren pagar dinero por él? Pienso que ninguno de ustedes querría este armario ni siquiera de regalo. Tres mil yens es un buen precio. Y aun por esa suma, no creo que haya muchos, incluyéndome a mí, que quieran comprarlo.

MUJER B: ¡Qué horror! Le estoy realmente agradecida por habernos avisado. Sin su valiosa intervención, yo hubiera comprado este horrible mueble. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Hisako?

KIYOKO: Kiyoko.

MUJER B: Eso es. Mi hija se llama Hisako. Gracias otra vez, Kiyoko. En las presentes circunstancias, lo mejor que podemos hacer es irnos de inmediato. Espero que mi chófer aún no se haya marchado. (*De repente advierte que la MUJER D ha desaparecido.*) ¿Será posible semejante falta de educación? ¡Irse así, sin decir nada! Siempre está tratando de superarme. Hasta para marcharse antes que yo. ¡Qué criatura insoportable! (*Y diciendo esto, sale por la derecha.*)

(*HOMBRES A.C y E se aproximan a KIYOKO y le entregan sus tarjetas.*)

HOMBRE A: Me ha hecho ahorrar dinero. Mil gracias. Me encantaría invitarla a comer. Nada más que para demostrarle mi aprecio, por supuesto...

HOMBRE C: Señorita, la llevaré a un excelente restaurante francés.

HOMBRE E: ¿No le gustaría ir a bailar? Podríamos comer juntos, después...

KIYOKO: Gracias a todos, pero tengo que hablar con el rematador.

HOMBRE A (*con los típicos movimientos bruscos del hombre de acción, saca algún dinero de su billetera y lo tiende al VENDEDOR*): Entiéndame usted bien. Va a escuchar tranquilamente todo lo que esta señorita tenga que decirle. No habrá ningún problema y no hablará más tonterías acerca de la policía. (*Saca un lápiz del bolsillo. A KIYOKO*): Señorita, le ruego me haga saber de inmediato si este hombre usa un lenguaje inadecuado o si la molesta mencionando a la fuerza pública. Permítame ver las tarjetas que acabamos de entregarle. (*KIYOKO muestra las tres tarjetas.*) Muy bien. (*Toma una de ellas.*) Ésta es la mía. Voy a hacerle una marca para que usted no se confunda. (*Traza una señal con el lápiz.*) Espero su llamada en cuanto termine este asunto. Me encontrará en este número telefónico hasta dentro de dos horas. (*Le devuelve la tarjeta. C y E, descorazonados por el giro de*

los acontecimientos, fruncen el ceño.) ¿Vendrá usted con seguridad, no es cierto? Deseo realmente invitarla a comer para demostrarle mi aprecio.

KIYOKO: Suponiendo que lo llame...

HOMBRE A: ¿Sí?

KIYOKO: Suponiendo que lo llame... ¿querría usted salir conmigo si mi rostro se transformara totalmente?

HOMBRE A: Muy ingenioso, muy ingenioso, señorita. Temo no entender bien, pero aun así...

KIYOKO: ¿Aunque me convirtiera en una horrible bruja?

HOMBRE A: Todas las mujeres tienen varios rostros. Se necesita algo más que eso para asustar a un hombre de mi edad. Nos veremos luego.

(Sale lentamente, feliz. C y E lo siguen, desganados.)

VENDEDOR: Usted es algo así como un terremoto, ¿no?

(Kiyoko se vuelve y sale en pos de A; el VENDEDOR, alarmado, la detiene.): No se enoje. Yo también estoy bastante irritado... Usted dijo ser bailarina. *(Continúa como hablando para sí):* Me imagino qué clase de bailarina debe ser ésta.

KIYOKO: Por favor, escuche sin interrumpirme cuanto tengo que decirle.

VENDEDOR *(sentándose en una de las sillas):* La escucho. No voy a interrumpirla, pero cuando pienso que alguien con un rostro tan hermoso...

KIYOKO: Casualmente deseaba hablarle de mi bella y dulce carita...

VENDEDOR *(para sí):* ¡Qué atrevidas son las chicas modernas!

KIYOKO: Yasushi era mi amante.

VENDEDOR: ¿El joven que mataron dentro del armario?

KIYOKO: Sí. Me dejó para convertirse en el amor de la señora Sakurayama, una mujer diez años más vieja que yo. Él pertenecía a la clase de hombres que prefieren ser amados.

VENDEDOR: ¡Qué triste para usted!

KIYOKO: Creo recordar que no iba a interrumpir, me. Quizás, y no estoy demasiado segura, fue mi amor quien lo alejó de mí. Sí, puede haber sucedido así. El prefirió hacer de una aventura feliz, fácil y abierta, algo secreto y terrible. Era un muchacho muy guapo. Cuando salíamos a caminar juntos, la gente decía que formábamos una pareja perfecta. Parecía que el cielo azul, los árboles del parque y los pájaros nos dieran la bienvenida. Decíamos que el firmamento, de día o de noche, tachonado de estrellas, nos pertenecía. Sin embargo, él prefirió el interior de un armario.

VENDEDOR: Este mueble es tan grande que, a lo mejor, también en su interior había un cielo con estrellas y una luna que, saliendo de un rincón, se ponía en el otro.

KIYOKO: Sí, dormía y se despertaba allí adentro. A veces hasta comía también. ¡Qué cuarto extraño! Sin ventanas, sin una brisa de viento, sin árboles murmurantes. Era semejante a un ataúd en el que lo hubieran enterrado vivo. Él eligió el ataúd antes de que lo mataran. Un aposento de placer y de muerte, siempre saturado con el perfume de la mujer y el olor de su propio cuerpo...

Recuerdo que olía a jazmín.

VENDEDOR (*gradualmente excitado por la descripción*): Enterrado sin flores. Entre ropa y perchas.

KIYOKO: Flores de encaje, de raso. Frías, muertas, de olor penetrante.

VENDEDOR (*para sí*): Muy inteligente de su parte. Me gustaría morir de ese modo.

KIYOKO: Murió según sus deseos. Ahora lo comprendo claramente. Pero ¿por qué lo hizo? ¿De qué quería escapar tan desesperadamente como para preferir la muerte?

VENDEDOR: No creo que pueda contestar a esa pregunta.

KIYOKO: Estoy segura de que quería huir de mí. (*Ambos permanecen en silencio.*) ¿Qué puede haberlo impulsado? ¿Huir de mi hermoso y dulce rostro? ¿Quizás no pudiera aceptar otra belleza que la suya?

VENDEDOR: Usted no tiene de qué quejarse. Algunas mujeres pasan la vida lamentándose por sus feas caras. Todas añoran la juventud perdida. Usted tiene juventud y belleza y todavía se queja. Es pedir demasiado.

KIYOKO: Sólo él rehuyó mi juventud y mi belleza. Rechazó los dos únicos tesoros que poseo.

VENDEDOR: Yasushi no era el único hombre del mundo. Sea como fuere, sus gustos deben haber sido algo anormales. Un hombre como yo, de inclinaciones completamente sanas... (*extiende la mano hacia ella*).

KIYOKO (*dándole un fuerte golpe en los dedos*): ¡Basta! Ver traslucir el deseo en el rostro de cualquier hombre que no sea Yasushi, me produce náuseas. Es como si viera un sapo... Míreme bien. He envejecido, ¿no es cierto?

VENDEDOR: No me haga reír.

KIYOKO: Pero, ¿soy fea?

VENDEDOR: Si usted es fea es porque ya no quedan mujeres hermosas en el mundo.

KIYOKO: Ha fallado en las dos respuestas. Si me hubiera dicho que soy vieja y fea, quizás me hubiera entregado a usted.

VENDEDOR: Conozco un poco de psicología femenina. Se supone que ahora debería decir: «Aunque me muera, nunca podré decir una mentira tan insensata como la de sostener que es usted vieja y fea.» ¿Me equivoco?

KIYOKO: ¡Qué aburrido es usted! ¿Qué habrá en mi rostro como para atraer a hombres que no puedo soportar? Desearía arrancarme la piel con mis propias manos. Es la única fantasía que me queda. A veces pienso si Yasushi no me hubiera querido más de ser fea y desagradable.

VENDEDOR: ¡Qué delirios tiene la gente joven y hermosa! Me he inmunizado ya contra sueños tan absurdos. El descontento, señorita, es un veneno que confunde todos los sanos principios del mundo y arruina la propia felicidad.

KIYOKO: ¡Descontento! ¿Cree usted que puede interpretarme con una palabra tan mezquina? No es ése el mundo en el que yo vivo. Algo había —un engranaje, quizás— que podría haber hecho posible el amarnos para siempre. Y lo he

descubierto. Ese algo era mi cara convertida en una monstruosa fealdad.

VENDEDOR: El mundo está lleno de engranajes perdidos. Yo no comprendo su razonamiento, pero pienso, en lo que a este universo se refiere, que sigue girando plácidamente porque, aquí y allá, faltan algunos engranajes.

KIYOKO: Sin embargo, si mis sueños se volvieran realidad...

VENDEDOR: No por eso Yasushi volvería a vivir.

KIYOKO: Está usted equivocado. Pienso que sí.

VENDEDOR: No pida cosas imposibles. Ahora se está complaciendo en algo verdaderamente horrible y contrario a la naturaleza.

KIYOKO: A veces, hasta un pobre miserable como usted es capaz de decir algo inteligente. Tiene razón. Mi rival no era la señora Sakurayama. Era la naturaleza en sí misma. Mi hermoso rostro, el fragor de las hojas de los árboles bajo los que paseábamos, los pinos de graciosas formas, el azul del cielo después de las lluvias. Sí, todas las cosas simples eran enemigas de nuestro amor. Fue entonces cuando él me dejó y huyó a su armario, a un mundo pintado con barniz, sin ventanas y sólo alumbrado por una lamparilla eléctrica.

VENDEDOR: Supongo que por eso usted desea con tanta vehemencia comprar el armario... quiere recuperar dentro de él a su amante muerto...

KIYOKO: Sí, difundiré la historia, la contaré a todos aquellos que deseen comprarlo. Tengo que adquirir este ropero, y a mi precio: tres mil yens.

(Al terminar estas palabras, golpes y gritos inarticulados y semejantes al fragor de los tambores en una obra de teatro nō, se oyen hacia la izquierda. Siroen de acompañamiento al diálogo de la escena siguiente, mientras ambos discuten el precio del armario. Siguen surtiendo el mismo efecto de los ritmos nō.)

VENDEDOR: ¡Maldición! Ya empezaron los gritos de loco y el golpeteo de la fábrica. A veces los escucho cuando tengo clientes aquí y me ponen frenético. Uno de estos días tendré que comprar esa propiedad y librarme así de la fábrica. «El sonido de la producción», como lo llaman nuestros industriales. ¡Pobres tontos! Mientras vivan nunca entenderán el simple hecho de que un artículo sólo adquiere valor a medida que envejece y se vuelve inútil y obsoleto. Producen sus ordinarias mercaderías a grandes velocidades, y después de una vida acosada por la miseria, se mueren. Eso es todo.

KIYOKO: Ya se lo he repetido una y otra vez. Se lo compro por tres mil yens.

VENDEDOR: Tres millones de yens.

KIYOKO: No, no. Tres mil yens.

VENDEDOR: Dos millones.

KIYOKO *(golpeando con el pie al ritmo nō)*: No, no. Tres mil yens.

VENDEDOR: Un millón de yens.

KIYOKO: No, tres mil yens.

VENDEDOR: Quinientos mil yens.

KIYOKO: Tres mil yens, tres mil yens, tres mil yens

VENDEDOR: Cuatrocientos mil yens.

KIYOKO: Cuando digo tres mil yens no quiero decir otra cosa.

VENDEDOR: Trescientos mil.

KIYOKO: Haga un esfuerzo. Un gran esfuerzo Acerquese a mis posibilidades. Baje un poco sus precios. Se va a sentir maravillosamente bien cuando se decida a rebajar hasta alcanzar los tres mil yens. Vamos, sólo le costará unas pocas palabras. Tres mil yens.

VENDEDOR: Doscientos mil yens.

KIYOKO: No, no. Tres mil.

VENDEDOR: Cien mil yens.

KIYOKO: No.

VENDEDOR: Cincuenta mil...

KIYOKO: No, tres mil yens, tres mil yens, tres mil yens.

VENDEDOR: Cincuenta mil y no rebajaré un centavo más.

KIYOKO: Tres mil.

VENDEDOR: Cincuenta mil yens, cincuenta mil yens, cincuenta mil yens.

KIYOKO (*algo más débilmente*): Tres mil yens.

VENDEDOR: Cincuenta mil yens es mi último precio. No rebajaré un centavo más.

KIYOKO: ¿Sí?

VENDEDOR: Cincuenta mil yens, cincuenta mil yens, cincuenta mil yens.

KIYOKO (*con un hilo de voz*): No tengo tanto dinero.

VENDEDOR: Se lo estoy ofreciendo por lo que me costó. Si usted no posee esa cantidad la culpa no es mía.

(*El ruido proveniente del costado izquierdo cesa por completo.*)

KIYOKO: ¿Nada podrá hacer variar su opinión?

VENDEDOR: Cincuenta mil yens. Ésa es mi oferta final.

KIYOKO: No puedo pagarlos. Quise comprarlo para instalarlo en mi pequeño departamento y sentarme dentro de él, pensando y pensando, hasta sentir mi cara convertida en algo repugnante... Tal era mi sueño. Pero si no puedo lograrlo, me resignaré. (*Camina lentamente hacia el armario.*) Ni siquiera es necesario llevar este mueble hasta mi casa para que los celos y el dolor destruyan mi cara. Puedo dejarlo aquí.

VENDEDOR: ¿Qué va usted a hacer?

KIYOKO: Lo único que puedo decirle es que la próxima vez que me vea ¡se caerá muerto del susto!

(*KIYOKO da media vuelta y se introduce en el armario. La puerta se cierra con un golpe lleno de terribles premoniciones. El VENDEDOR intenta abrirla infructuosamente.*)

VENDEDOR: ¡Maldita sea! La ha cerrado desde dentro. (*Golpea con todas sus fuerzas y no recibe respuesta. Una calma absoluta reina en el interior del mueble.*) La muy desvergonzada, logró hacerme bajar la guardia y, por fin, ha concretado sus fines... No contenta con interferir en mi negocio y hacerme perder una fortuna, ahora quiere arruinar el armario. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Maldita sea! (*Apoya el oído contra la puerta.*) ¿Qué podrá estar haciendo ahí dentro? Hoy es, sin duda, un día nefasto para mí. No se oye nada. Ni un solo ruido. Es como

poner el oído sobre una campana. Las gruesas paredes de hierro son absolutamente silenciosas, aunque, a veces, puedan ensordecernos con sus vibraciones. Me imagino que no estará desfigurándose... No, eso no fue sino una amenaza y una estratagema para luchar con mi debilidad. (*Apoya nuevamente el oído contra la puerta.*) ¿Qué podrá estar haciendo? Tengo miedo. ¡Oh!... encendió la luz. Los espejos reflejan ahora su rostro en todas direcciones en el mayor silencio. Uy..., hay algo sobrenatural en todo esto... Pero si fue sólo una amenaza. (*Como si tuviera una premonición.*) Sólo una amenaza. No hay ninguna razón para suponer que ella lleve a cabo tan absurdo proyecto.

(*Entra precipitadamente por la derecha el ADMINISTRADOR de la casa de apartamentos en la que vive KIYOKO.*)

ADMINISTRADOR: ¿Ha venido aquí una bailarina llamada Kiyoko? Es una chica joven y linda...

VENDEDOR: ¿Kiyoko? ¿Y quién es usted?

ADMINISTRADOR: Soy el administrador de la casa en la que ella vive. ¿Está usted seguro de que no ha estado aquí? Si viene...

VENDEDOR: Tranquilo, tranquilo. No se excite. Si viene, ¿qué?...

ADMINISTRADOR: Su amigo, que es farmacéutico, me ha contado que ha robado una botella de ácido sulfúrico de su negocio.

VENDEDOR: ¿Ácido sulfúrico?

ADMINISTRADOR: Dice que salió corriendo con la botella en la mano. La he buscado por todas partes y un hombre recordó haberla visto entrar en su tienda.

VENDEDOR: ¿Ácido, dijo?

ADMINISTRADOR: No hace mucho se suicidó su amante. Uno nunca sabe qué puede suceder con una chica tan sensible. Eso es lo que me preocupa. ¿Supongamos que se lo tire a la cara a alguien?

VENDEDOR: ¿Ud. cree que lo haría? (*Retrocede y, atemorizado, se cubre el rostro con las manos.*) No, tiene pensada otra cosa. Va a desfigurar sus propios rasgos.

ADMINISTRADOR: ¿Qué?

VENDEDOR: Sí. ¡Qué horrible cosa! Una cara tan hermosa... Va a suicidar su rostro.

ADMINISTRADOR: Pero, ¿por qué?

VENDEDOR: ¿No comprende lo que estoy diciendo? (*señala el armario*). Kiyoko está allí. Ha cerrado con llave desde dentro.

ADMINISTRADOR: Esto es terrible. Tenemos que sacarla de ahí.

VENDEDOR: Esa puerta es sólida como una roca.

ADMINISTRADOR: Algo tenemos que hacer. (*Golpea la puerta con fuerza.*) ¡Kiyoko! ¡Kiyoko!

VENDEDOR: ¡Un rostro como el suyo se convertirá en el de una bruja! ¡Qué día aciago! (Se une a los golpes) ¡Salga! ¡Por favor, no nos cause problemas! ¡Salga!

ADMINISTRADOR: ¡Kiyoko, señorita Kiyoko!

(*Un espantoso alarido se escucha desde el interior del armario. Los dos hombres se atemorizan en forma abyecta. Un silencio terrible. Finalmente, el VENDEDOR junta las*

manos en una inconsciente actitud orante. Parece que exprimiera cada palabra):

VENDEDOR: Le ruego que salga. El armario no tiene ya ninguna utilidad para mí. Puedo dárselo por tres mil yens. Se lo dejo en tres mil yens. Por favor, salga. *(finalmente se abre la puerta con un chirrido estremecedor. El VENDEDOR y el ADMINISTRADOR caen de espaldas. Sale KIYOKO con el frasco en la mano. Su rostro no se ha alterado en lo más mínimo.)* ¡No le ha pasado nada!

ADMINISTRADOR: ¡Gracias a Dios!

VENDEDOR: Gracias a Dios, un cuerno. Usted es una tramposa. No es lícito asustar a la gente de esta manera. Me podría haber dado un ataque de apoplejía. Y no es como para tomarlo a broma...

KIYOKO *(con calma)*: No soy una tramposa. Pensaba realmente echarme el ácido en la cara.

VENDEDOR: ¿Por qué gritó, entonces?

KIYOKO: Encendí la luz, y al ver mi cara reflejada en los espejos que me rodeaban y los reflejos de los reflejos en otros espejos y mis facciones multiplicada, en forma infinita, tuve frío y miedo. No fuera que, entre tantos rostros míos, no apareciera también el de Yasushi.

VENDEDOR *(temblando de nuevo)*: ¿Y apareció?

KIYOKO: No. Hasta los confines de la tierra, del mar, del universo sólo vi mi propia cara. Entonces abrí la botella y pensé en la posibilidad de que mi rostro desfigurado también se repitiera hasta el infinito. Una fisonomía de bruja, cubierta de llagas...

VENDEDOR: ¿Fue entonces cuando gritó?

KIYOKO: Sí.

VENDEDOR: ¿Perdió en ese momento el coraje de arrojarle el ácido a la cara?

KIYOKO: No. Recuperé, más bien, la conciencia de las cosas y cerré nuevamente la botella, no porque hubiera perdido el coraje de hacerlo, sino porque comprendí que aun los terribles sufrimientos y celos por los que había pasado no bastaban para cambiar un rostro humano. Mi cara será siempre la misma, pese a lo que pueda suceder.

VENDEDOR: Es imposible ganarle a la naturaleza.

KIYOKO: No me siento derrotada. Me he reconciliado con ella.

VENDEDOR: Es un punto de vista muy apropiado.

KIYOKO: Me he reconciliado, verdaderamente. *(Deja caer la botella al suelo y el VENDEDOR se apresura a arrojarla lejos.)* ¿Estamos en primavera, no es cierto? Es la primera vez que lo advierto. Desde que Yasushi desapareció en este armario, las estaciones dejaron de tener significado alguno para mí. *(Olfatea a su alrededor.)* Sí, ha llegado la primavera. Hasta puedo olerla en esta vieja tienda enmohecida. ¿De dónde vendrá esta fragancia de tierra, plantas, árboles y flores? Los cerezos deben haber alcanzado su apogeo. Nubes de flores y, a lo lejos, los pinos. El verde intenso de sus ramas entre las flores etéreas. Los pájaros cantan *(se escuchan trinos)*. Estos gorjeos atraviesan, como un rayo de sol, hasta los muros más gruesos. Aun aquí la primavera nos alcanza con una multitud de flores de cerezo

y de pájaros cantarines. Las ramas están agobiadas por ellos y cierran los ojos, arrobadas por tan deliciosa carga. Y el viento... Puedo oler la fragancia de su cuerpo vivo en este viento. Lo había olvidado, ¡estamos en primavera!

VENDEDOR: ¿Tendría usted la amabilidad de pagarme el armario y de irse?

KIYOKO: Hace un momento me dijo que me lo dejaría en tres mil yens, ¿no es cierto?

VENDEDOR: No sea tonta. Era solamente en el caso de que su rostro estuviera desfigurado. El precio es aún de quinientos mil yens. No, seiscientos mil.

KIYOKO: No lo quiero entonces.

VENDEDOR: ¡No lo quiere!

KIYOKO: Exactamente. Ya no lo quiero. Véndaselo a algún rico tonto. Y no se preocupe que no voy a causarle más problemas.

VENDEDOR: No sabe cuánto se lo agradezco a Dios.

ADMINISTRADOR: Volvamos juntos al apartamento. Tiene que disculparse con su amigo el farmacéutico por haberlo preocupado tanto. Luego, le convendría irse a dormir. Debe estar agotada.

KIYOKO (*tomando una tarjeta de su bolso*): No, ahora tengo un compromiso.

ADMINISTRADOR: ¿Adónde va?

VENDEDOR (*observando la tarjeta que tiene KIYOKO en la mano*): ¿Con ese señor? ¿Ahora?

KIYOKO: Sí, con ese señor, ahora.

VENDEDOR: Si sale con él pasará un mal rato.

KIYOKO: No me preocupa. Suceda lo que suceda, nada puede molestarme ya. ¿Quién piensa usted que podría herirme?

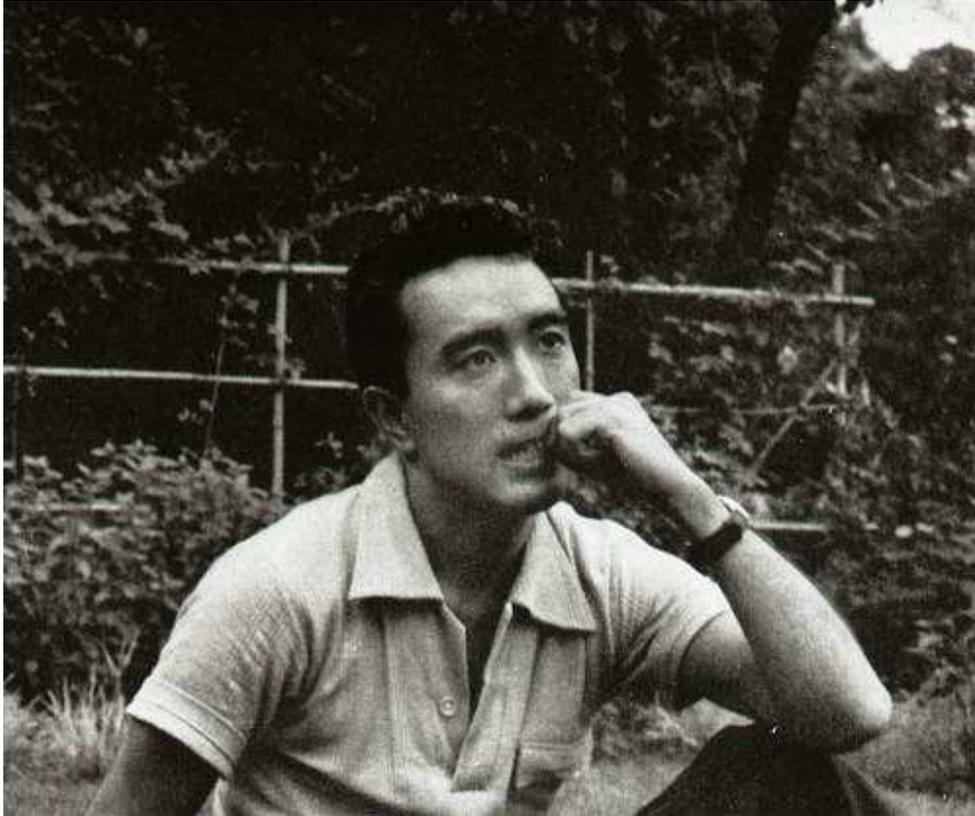
ADMINISTRADOR: La primavera es una estación peligrosa.

VENDEDOR: Se hará daño, y su corazón quedará destrozado. Terminará por no sentir ya nada.

KIYOKO: Sin embargo, ningún acontecimiento podrá jamás cambiar mi rostro. (*KIYOKO saca un lápiz de labios de su cartera, lo pasa por su boca y, volviendo la espalda a los dos hombres que la contemplan azorados, sale precipitadamente hacia la derecha, ligera como el viento.*)

TELÓN

Datos biográficos de **Yukio Mishima (1925 - 1970)**



Fotografía de Shirou Aoyama 1956

Nacimiento	14 de enero de 1925 Shinjuku, Tokio
Defunción	25 de noviembre de 1970 Tokio
Seudónimo	Kimitake Hiraoka
Ocupación	novelista, dramaturgo
Nacionalidad	Japón
Período	1944-1970

Yukio Mishima (三島由紀夫 *Mishima Yukio*[?]), su verdadero nombre es Kimitake Hiraoka (平岡公威[?]), fue un escritor y dramaturgo japonés nacido en Tokio el 14 de enero de 1925 y muerto el 25 de noviembre de 1970.

Biografía



Yukio Mishima 1931.

Hijo de Azusa Hiraoka, secretario de Pesca del Ministerio de Agricultura. Pasó los primeros años de su infancia bajo la sombra de su abuela, Natsu, que se lo llevó y lo separó de su familia inmediata durante varios años. Natsu provenía de una familia vinculada a los samurái de la era Tokugawa, ella mantuvo aspiraciones aristocráticas -el nombre de juventud de Mishima, "kimitake", significa "príncipe guerrero"- aún después de casarse con el abuelo de Mishima, un burócrata que había hecho su fortuna en las fronteras coloniales. Tenía mal carácter y se exacerbó por su ciática. El joven Mishima acudía a masajearla para aliviar su dolor. Ella tenía tendencia a la violencia, incluso con salidas mórbidas cercanas a la locura que serán posteriormente retratadas en algunos escritos de

Mishima. Algunos biógrafos opinan que Natsu favoreció la fascinación de Mishima por la muerte. Ella leía francés y alemán, y tenía un exquisito gusto por el Kabuki. Natsu no permitía que Mishima jugase a la luz del sol, practicara algún deporte o que tuviera juegos rudos con otros chicos de su edad. Prefería que pasase su tiempo solo o jugando a las muñecas con sus primas, incluso se habla de unos escritos de primera juventud que su padre rompió ante la mirada del joven Mishima.

Exento del servicio militar por sufrir tuberculosis, no participó en la guerra, suceso que él mismo entendió como una humillación.

Generacionalmente es considerado parte de la “segunda generación” de escritores de posguerra, junto con Kobo Abe.



Yukio Mishima y Shintaro Ishihara.

Su ensayo más importante, *Bunka boueiron* (*En defensa de la cultura*), defendía la figura del Emperador, como la mayor señal de identidad de su pueblo. Más tarde formaría la *Sociedad del Escudo* (*Tatenokai*), con un fastuoso uniforme que él

mismo diseñó y en el que pretendía reencarnar los valores nacionales de "su" Japón tradicional.

Durante los años 60 escribió sus más importantes novelas.

Dentro de estas obras, destaca su tetralogía *El mar de la fertilidad*, compuesta de las novelas *Nieve de primavera*, *Caballos desbocados*, *El templo del alba* y *La corrupción de un ángel* (esta última editada póstumamente), que, en su conjunto, constituyen una especie de testamento ideológico del autor, que se rebelaba contra una sociedad para él sumida en la decadencia moral y espiritual.

La mañana del "incidente" del 25 de noviembre de 1970, Mishima llevaba la última parte de esta tetralogía a su editor. Después se dirigió junto con los miembros de su grupo a un cuartel del ejército que ocuparon, y tras un discurso a la tropa, él y su compañero Masakatsu Morita se suicidaron mediante *seppuku*. Mishima realizó su *seppuku* en el despacho del General Kanetoshi Mashita. Su kaishaku (asistente) trató 3 veces de decapitarlo sin éxito. Finalmente, fue Hiroyasu Koga quien realizó la decapitación. Posteriormente, Masakatsu Morita intentó realizar su propio *seppuku*. Aunque sus cortes fueron poco profundos para ser fatales, hizo una señal a Koga para que también le decapitase.

Con su muerte desapareció uno de los críticos más lúcidos de la sociedad japonesa de posguerra, un artista superdotado y que marcó señaladamente un rumbo en la historia de la literatura japonesa contemporánea.

Estudios y primeros trabajos

A la edad de 12, Mishima comenzó a escribir sus primeras historias. Leyó vorazmente las obras de Wilde, Rilke, y numerosos clásicos japoneses. Aunque su familia no era tan rica como las de los otros estudiantes de su colegio, Natsu insistió en que asistiera a la elitista Escuela Peers (donde acudía la aristocracia japonesa, y de forma eventual, plebeyos extremadamente ricos).

Después de seis desdichados años de colegio, continuaba siendo un adolescente frágil y pálido, aunque empezó a prosperar y se convirtió en el miembro más joven de la junta editorial en la sociedad literaria de la escuela. Fue invitado a escribir un relato para la prestigiosa revista literaria, *Bungei-Bunka* (*Cultura literaria*) y presentó *Hanazakari no Mori* (*El bosque en todo su esplendor*). La historia fue publicada en forma de libro en el año 1944, aunque en una pequeña tirada debido a la escasez de papel en tiempo de guerra.

Mishima fue llamado a filas de la Armada japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando pasó la revisión médica coincidió con que estaba resfriado, y de forma espontánea le mintió al doctor de la armada sobre que tenía síntomas de tuberculosis y debido a ello fue declarado incapacitado. Aunque a

Mishima le alivió mucho el no tener que ir a la guerra, continuó sintiéndose culpable por haber sobrevivido y haber perdido la oportunidad de una muerte heroica.

Aunque su padre le había prohibido escribir ninguna historia más, Mishima continuó escribiendo en secreto cada noche, apoyado y protegido por su madre Shizue, quien era siempre la primera en leer cada nueva historia. Después de la escuela, su padre, que simpatizaba con los nazis, no le permitiría ejercer una carrera de escritor, y en lugar de ello le obligó a estudiar Ley alemana. Asistiendo a lecturas durante el día y escribiendo durante la noche, Mishima se graduó en la elitista Universidad de Tokio en el año 1947 en Derecho. Obtuvo un trabajo como oficial en el Ministerio de Finanzas del Gobierno y se estableció para una prometedora carrera.

Sin embargo, acabó tan agotado que su padre estuvo de acuerdo con la dimisión de Mishima de su cargo durante su primer año, para dedicar su tiempo a la escritura.

Literatura de posguerra

Mishima comenzó su primera novela, *Tōzoku* (Ladrones), en 1946 y la publicó en 1948, colocándose en la segunda generación de escritores de posguerra (una clasificación en la literatura japonesa moderna que agrupa a los escritores que aparecieron en la escena literaria de posguerra, entre 1948 y 1949). Le siguió *Kamen no Kokuhaku* (Confesiones de una máscara), una obra autobiográfica sobre un joven de homosexualidad latente que debe esconderse tras una máscara para encajar en la sociedad. La novela tuvo un enorme éxito y convirtió a Mishima en una celebridad a la edad de 24 años.

Mishima fue un escritor disciplinado y versátil. No solo escribió novelas, novelas de series populares, relatos y ensayos literarios, también obras muy aclamadas para el teatro Kabuki y versiones modernas de dramas Nō tradicionales.

Su escritura le hizo adquirir fama internacional y un considerable seguimiento en Europa y América, y muchas de sus obras más famosas fueron traducidas al inglés.

Viajó ampliamente, siendo propuesto para el Premio Nobel de Literatura en tres ocasiones, y fue pretendido por muchas publicaciones extranjeras. Sin embargo, en 1968 su primer mentor Yasunari Kawabata ganó el premio y Mishima se dio cuenta de que las posibilidades de que fuera concedido a otro autor japonés en un futuro próximo eran escasas. Se cree también que Mishima quiso dejar el premio a Kawabata, de más edad, como muestra de respeto para el

hombre que lo había presentado a los círculos literarios de Tokio en la década de los 40.

Vida privada

Tras *Confesiones de una máscara*, Mishima trató de dejar atrás al joven hombre que había vivido solo dentro de su cabeza, continuamente coqueteando con la muerte. Intentó vincularse al mundo real y físico, realizando una estricta actividad física. En 1955, Mishima practicó entrenamiento con pesas, y no interrumpió su régimen de entrenamiento de tres sesiones por semana durante los últimos 15 años de su vida. Del material menos prometedor forjó un impresionante físico, como muestran las fotografías que se hizo. También llegó a ser muy hábil en Kendo (el arte marcial japonés de la esgrima).

Aunque visitó bares gay en Japón, Mishima permaneció como observador, y solo tuvo encuentros con hombres cuando viajó al extranjero. Después de considerar brevemente el enlace con Michiko Shoda—ella se convertiría después en esposa del Akihito—se casó con Yoko Sugiyama en 1958. En los tres años siguientes la pareja tuvo una hija y un hijo.

En el año 1967, Mishima se alistó en las Fuerzas de Autodefensa de Japón y tuvo un entrenamiento básico. Un año más tarde formó la Tatenokai (Sociedad Escudo), milicia privada compuesta sobre todo por jóvenes estudiantes patrióticos que estudiaban principios de artes marciales y disciplinas físicas y que fueron entrenados a través de las Fuerzas de Autodefensa de Japón bajo la supervisión de Mishima.

En los últimos diez años de su vida, Mishima actuó en varias películas y codirigió la adaptación de una de sus historias, *Yûkoku*.

Suicidio ritual

El 25 de noviembre de 1970, Mishima y cuatro miembros de la Tatenokai visitaron con un pretexto al comandante del Campamento Ichigaya, el cuartel general de Tokio del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa de Japón. Una vez dentro, procedieron a cercar con barricadas el despacho y ataron al comandante a su silla. Con un manifiesto preparado y pancartas que enumeraban sus peticiones, Mishima salió al balcón para dirigirse a los soldados reunidos abajo. Su discurso pretendía inspirarlos para que se alzaran, dieran un golpe de estado y devolvieran al Emperador a su legítimo lugar. Solo consiguió molestarlos y que le abuchearan y se mofaran de él. Como no fue capaz de hacerse oír, acabó con el discurso tras solo unos pocos minutos. Regresó a la oficina del comandante y cometió seppuku. La costumbre de la decapitación al final de este ritual le fue asignada a Masakatsu Morita, miembro de la Tatenokai. Pero Morita, del cual se rumoreaba que había sido amante de Mishima, no fue

capaz de realizar su tarea de forma adecuada: después de varios intentos fallidos, le permitió a otro miembro de la Tatenokai, Hiroyasu Koga, acabar el trabajo. Morita entonces intentó el seppuku y fue también decapitado por Koga.

Otros elementos tradicionales del suicidio ritual fueron la composición de jisei, (un poema compuesto por uno mismo cuando se acerca la hora de su propia muerte), antes de su entrada en el cuartel general.

Mishima preparó su suicidio meticulosamente durante al menos un año y nadie ajeno al cuidadosamente seleccionado grupo de miembros de la Tatenokai sospechaba lo que estaba planeando. Mishima debía haber sabido que su intento de golpe jamás podría haber tenido éxito y su biógrafo, traductor, y antiguo amigo John Nathan sugiere que fue solo un pretexto para el suicidio ritual con el cual Mishima tanto había soñado. Mishima se aseguró de que sus asuntos estuvieran en orden e incluso tuvo la previsión de dejar dinero para la defensa en el juicio de los otros 3 miembros de la Tatenokai que no murieron.

Repercusión

El suicidio de Mishima ha estado rodeado de mucha especulación. En el momento de su muerte acababa de terminar el libro final de su tetralogía *El mar de la fertilidad*, compuesta por las novelas *Nieve de primavera*, *Caballos desbocados*, *El templo del alba* y *La corrupción de un ángel* (esta última editada póstumamente), que, en su conjunto, constituyen una especie de testamento ideológico del autor, que se rebelaba contra una sociedad para él sumida en la decadencia moral y espiritual. Fue reconocido como uno de los más importantes estilistas del lenguaje japonés de posguerra.

Mishima escribió 40 novelas, 18 obras de teatro, 20 libros de relatos, y al menos 20 libros de ensayos así como un libreto. Una gran porción de su obra se compone de libros escritos rápidamente solo por los beneficios monetarios, pero incluso no teniendo en cuenta estos, seguimos teniendo una parte sustancial de su obra.

Aunque su fin puede haber pretendido ser algún tipo de testamento espiritual, la naturaleza teatral de su suicidio, las poses cursis en las fotografías para las que posó y la ocasional naturaleza patética de su prosa seguramente han perjudicado a su legado. En las academias, tanto japonesa como anglo-americana, hoy, Mishima no tiene virtualmente voz, sobre todo porque sus opiniones de derechas no son políticamente correctas. Sin embargo, fuera de la academia las obras de Mishima siguen siendo populares tanto en Japón como en el resto del mundo.

Obras principales

- *Confesiones de una máscara* (仮面の告白; *Kamen no kokohaku*), 1948.
- *Sed de amor* (愛の渴き; *Ai no Kawaki*), 1950.
- *Colores prohibidos* (禁色; *Kinjiki*), 1954.
- *El rumor del oleaje* (潮騒 *Shiosai*), 1956.
- *El pabellón de oro* (金閣寺; *Kinkakuji*), 1956.
- *Después del banquete* (宴のあと; *Utage no ato*), 1960.
- *El marino que perdió la gracia del mar*, (午後の曳航; *Gogo no eiko*), 1963.
- *El mar de la fertilidad* (tetralogía) (豊饒の海; *Hojo no umi*, 1964-1970
 - *Nieve de primavera*, (春の雪; *Haru no yuki*).
 - *Caballos desbocados* (奔馬; *Honba*).
 - *El templo del alba* (暁の寺; *Akatsuki no tera*), .
 - *La corrupción de un ángel* (天人五衰; *Tennin gosui*), .
- *Música* (音楽; *Ongaku*), 1972. Trata sobre la terapia que lleva acabo un psicoanalista (el doctor Shiomi) con su paciente (Reiko), la cual llega a su consultorio aclarando que misteriosamente ha dejado de oír la música, que es utilizada por la paciente como una metáfora del orgasmo. La novela se centra en la investigación profesional del médico por encontrar la razón de la frigidez de la paciente y por aclarar la atracción que ésta despierta en él.
- *Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis*, (葉隠入門; *Hagakure Nyūmon*)

Su carácter narcisista le llevó a participar en representaciones teatrales, espectáculos públicos y películas como *Yokoku* (llamada en occidente "Patriotismo", o, en Japón, "El rito de amor y de muerte"), corto que él mismo escribió, dirigió, protagonizó y produjo. En él, representó su propio seppuku.

Obras sobre Mishima

- *Mishima*, película de Paul Schrader, 1985.
- *Vida y muerte de Yukio Mishima*, por Henry Scott Stokes en 1974.
- *Mishima o la visión del vacío*, ensayo de Marguerite Yourcenar.
- *Mishima*, biografía escrita por John Nathan, su traductor
- *Mishima, o el placer de morir*, análisis psicológico de Mishima por Juan Antonio Vallejo-Nágera en 1978.
- *Un parque*, ópera de Luis de Pablo (2006) sobre un relato de Mishima.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2009 Revista Literaria Katharsis 2009